

CAPÍTULO I

ECONOMÍA Y PSICOLOGÍA: LA CONFORMACIÓN DE DOS CAMPOS DISCIPLINARIOS

LA CREACIÓN DE LAS CARRERAS de Economía y Psicología en la Argentina ocurrió en el contexto signado por el clima de renovación universitaria y de rápida modernización cultural y del Estado que vivió el país a partir de la caída del gobierno de Juan Perón en 1955. La institucionalización de las “ciencias sociales modernas” fue uno de los productos de este clima. En pocos años, aparte de las carreras que nos ocupan, se crearon también las de Sociología y Antropología en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y en otras universidades del interior. Gradual pero rápidamente, las ciencias sociales pasaron a proporcionar un lenguaje legítimo para analizar y referirse a aspectos vinculados con la realidad nacional. Frente al tinte fuertemente nacionalista que se le había impreso a la enseñanza universitaria durante el régimen peronista, las ciencias sociales fuertemente internacionalizadas venían a proporcionar instrumentos legitimados en el saber científico para comprender la vida social y política del país. Por lo tanto, las carreras de Economía y Psicología se establecieron en una atmósfera fuertemente influenciada por las ideas reformistas, teñidas por los debates (a veces violentos) entre aquellos que, en nombre de la libertad de enseñanza pero en realidad presionando por lograr un antiguo anhelo de la Iglesia Católica, estaban a favor de que el gobierno autorizara la creación de universidades privadas (de orientación católica, en un principio), y aquellos que, en nombre de los principios de la Reforma y del laicismo

educativo, se oponían a ello (Sarlo, 2001; Sigal, 1991; Walter, 1968). Sin embargo, el desarrollo de la Economía y la Psicología como disciplinas, así como el de la Antropología y la Sociología, y la evolución de los campos respectivos anteceden a la creación de las carreras (Plotkin, 2003; Blanco, 2004; Podgorny, 2004; Lazzari, 2004; Rossi et al., 1997).

PSICOLOGÍA, PSICÓLOGOS Y PSICOANALISTAS

La primera cátedra de Psicología del país fue establecida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1898 (el mismo año en que se estableció la cátedra de Sociología), dos años después de haberse creado la Facultad. A pesar de que la Facultad había sido creada por la elite liberal reformista que controlaba el país con el objeto de generar un espacio de reflexión sobre la sociedad y la cultura no vinculado a las profesiones tradicionales, pasarían décadas hasta que sus graduados pudieran desplazar a las elites profesionales más tradicionales como técnicos estatales (Zimmermann, 1995). En todo caso, lo que la creación de esta Facultad muestra es una percepción cada vez mayor de la creciente diferenciación entre elite política y elite cultural, aunque los puentes entre ambas siguieron abiertos, proporcionando un espacio en el que los alumnos, en muchos casos hijos de inmigrantes, pudieran suplir con credenciales universitarias las debilidades de su capital social y político (Altamirano, 2004). El origen social de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras era, en términos generales, menos prominente que el de aquellos de las más prestigiosas facultades de Derecho o Medicina. Sus egresados no llegaron a constituir una elite de técnicos sino un grupo de profesores que tomaban a la sociedad como tema de reflexión y que estaban dispuestos a ofrecer el producto de sus reflexiones a un Estado que, sin embargo, luego de 1916, se mostraba menos hospitalario con los intelectuales (Halperin Donghi, 1999). La democratización del Estado y el carácter fuertemente plebeyo de la sociedad argentina (derivado en parte del fenómeno de inmigración masiva) otorgaban a los gobiernos surgidos del voto popular otras fuentes de legitimidad no vinculadas a la cooptación de los intelectuales, a diferencia de lo que ocurría en sociedades organizadas más jerárquicamente –tales como la brasileña– donde la incorporación de intelectuales al Estado fue, a la vez, una forma de dar lugar a miembros de familias prominentes de plantadores en decadencia y una manera de proporcionar legitimidad al Estado (Miceli, 1981; Pécaut, 1989).

Desde un principio, la Psicología tal como se enseñaba en la Facultad de Filosofía y Letras adoleció de una cierta indefinición de su dominio. Ubicada entre las Ciencias Biológicas y la Filosofía, y al mismo tiempo con una fuerte orientación psicopatológica en parte promovida por el hecho de que los primeros profesores que dictaban la materia

fueron médicos psiquiatras, no terminaba de definirse cuáles eran exactamente su objeto de estudio y su metodología propia, que se ubicarían entre la Biología, las Ciencias Humanas y la Filosofía (Vezzetti, 1988; Rossi et al., 1997; Plotkin, 2003: cap. VI). La enseñanza de la disciplina estaba además, durante los primeros años, fuertemente influida por el positivismo, constituido casi en una ideología de consenso para las elites intelectuales latinoamericanas desde las últimas décadas del siglo XIX (Biagini et al., 1985; Hale, 1989). En 1907 se creó en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA una segunda cátedra de Psicología que tendría una orientación más decididamente filosófica, ocupándose –al menos en teoría– del estudio de los “estadios superiores de la conciencia” (Plotkin, 1996; 2003; Vezzetti, 1988). El primero en ocupar esta segunda cátedra fue Félix Krueger, discípulo y luego sucesor de Wilhelm Wundt en el Laboratorio de Psicología Experimental que este último había establecido en Leipzig. Fuertemente influenciada por la filosofía alemana, la enseñanza de Krueger introdujo las primeras grietas (que luego serían ampliadas por la llamada reacción anti-positivista en la década siguiente) en el pensamiento positivista hegemónico.

La indefinición del dominio de la disciplina, sumada a la orientación hacia la psicopatología y la crisis del positivismo que se verificó sobre todo a partir de la recepción de la filosofía europea continental –recepción en la cual, aparte de la presencia de Krueger, las visitas de José Ortega y Gasset cumplieron un papel fundamental (Medin, 1994)–, dejó abierta una puerta para la introducción en los programas de estudios de Psicología de una teoría que de alguna manera podía hacerse cargo de estas cuestiones: el psicoanálisis. Ya José Ingenieros, al ocupar la primera cátedra en 1904, a pesar de su desdén manifiesto (y desconocimiento) por el psicoanálisis, había introducido temas en sus planes de estudios que abrían la puerta para una recepción del sistema freudiano. Los programas de Ingenieros abordaban temas tales como la interpretación de sueños, la sexualidad femenina y la histeria (Vezzetti, 1996; Plotkin, 1996; 2003).

Pero fue fundamentalmente a partir de la década del veinte cuando la presencia del psicoanálisis en los programas de la materia –sobre todo durante el largo período en que Enrique Mouchet ejerció la cátedra– fue cada vez mayor. Mouchet había elaborado una teoría psicológica propia, la “Psicología vital”, que, aunque no estaba directamente vinculada al psicoanálisis, se superponía con elementos del mismo en varios aspectos, sobre todo en la importancia otorgada al tema de los instintos. En 1942, año en que se creó la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), casi la totalidad del programa de Psicología de Mouchet estaba dedicada a temas relacionados con el psicoanálisis y con aspectos de la vida de su creador. También Coriolano Alberini, quien por años ocuparía la segunda cátedra, incorporó elementos importantes del psicoanálisis en sus sucesivos programas de estudios (Plotkin, 1996).

El lugar creciente que el psicoanálisis iba adquiriendo en la enseñanza de la Psicología en Buenos Aires (y en Córdoba, aunque en este caso estuvo más vinculado a la medicina, siendo su principal promotor Gregorio Bermann) era concomitante con un interés cada vez mayor por la disciplina manifestado a un nivel social más general, incluso en aquellos espacios usualmente asociados a la “cultura popular” (Plotkin, 1999; 2003; Vezzetti, 1996). Lo que en un principio había sido considerado una curiosidad médica para ser discutida en círculos especializados, ya hacia mediados de la década del veinte hacía su aparición en publicaciones tales como *El Hogar*, y más tarde en *Crítica*. En realidad, se podría decir que en Argentina la recepción temprana del psicoanálisis se dio más a nivel de la cultura popular, sobre todo en esos intersticios generados por la rápida alfabetización y definidos por Beatriz Sarlo como “imaginación técnica”, que a nivel de la cultura más puramente letrada (Sarlo, 1992; Plotkin, 1999). Más adelante, sobre todo con la institucionalización del psicoanálisis en 1942, cuando se creó la APA (la primera asociación vinculada a la International Psychoanalytical Association, IPA, de América Latina), la situación cambiaría drásticamente y el psicoanálisis adquiriría rápidamente el estatus de objeto de consumo (terapéutico, pero también cultural y social) para sectores pudientes y educados, así como el de una profesión prestigiosa. Gradualmente, el psicoanálisis sería considerado un elemento clave para el proceso de modernización cultural, difundándose más allá de su dimensión puramente terapéutica. Hacia 1960 se había convertido en una “grilla de inteligibilidad” sobre todo (pero no sólo) para sectores importantes de la clase media urbana, generándose una verdadera “cultura psicoanalítica” (Plotkin, 2003; Turkle, 1992).

De esta manera, cuando la carrera de Psicología finalmente fue creada en 1957, no sólo había un interés por el psicoanálisis dado por el lugar cada vez más central que las prácticas y discursos originados y legitimados en él tenían ya en la cultura porteña (y urbana en general), sino que, además, el mismo había ocupado por décadas un lugar importante en los planes de estudios de la materia. Sin embargo, la primera orientación que se le dio a la carrera de Psicología establecida en la UBA no fue psicoanalítica, ya que no lo era la de su primer director, el psiquiatra Marcos Victoria. Pero esta situación no duró y, debido a la presión creciente de los alumnos, el psicoanálisis y los psicoanalistas entraron rápidamente en la carrera hasta convertirse pronto en la tendencia dominante. Hacia mediados de la década del sesenta, casi la mitad de las materias que componían el programa de estudios de Psicología de la UBA tenían una clara orientación psicoanalítica y eran enseñadas, en su gran mayoría, por miembros de la APA. En Argentina, por años, “Psicología” ha sido sinónimo de psicoanálisis a pesar de que, al menos en el ámbito de la Capital Federal, los egresados de Psicología no estuvieron

legalmente autorizados a practicar ningún tipo de terapia (incluyendo la psicoanalítica), todas ellas reservadas a médicos, hasta 1985.

La carrera de Psicología no ha cesado de atraer alumnos desde el momento mismo de su creación, aunque a partir de finales de los años ochenta ha tenido que competir con otras carreras que proporcionan una salida laboral más inmediata. En 1968 había 2.787 estudiantes de Psicología sólo en la UBA (Chaparro, 1969)¹. Hacia 1995 los graduados en Psicología en todo el país ya sumaban 38.825, la mayoría de los cuales ejercía alguna forma de psicoanálisis (Plotkin, 2003: 222). Más del 50% de los psicólogos se concentraba en la Ciudad de Buenos Aires y, de acuerdo a los resultados de una investigación llevada a cabo en la UBA, había 506 psicólogos por cada 100.000 habitantes en la Ciudad de Buenos Aires o, en otras palabras, si las cifras son correctas, 1 de cada 198 porteños era psicólogo en ese año. Si esto es así (y, nuevamente, debemos ser cautos con las cifras), la Ciudad de Buenos Aires tenía más psicólogos en proporción a su población total que cualquier otra ciudad de América y, seguramente, del mundo (Alonso, 1996). En 1998 había 38.621 estudiantes de Psicología en universidades nacionales (4,1% del total de alumnos de dichas universidades) y 9.691 nuevos inscriptos (3,81% del total); el año anterior habían egresado 1.636 nuevos psicólogos, el 4,74% del total de egresados (Ministerio de Educación, 1999: 22 y 27). Para el año 2000 había 13.163 alumnos cursando la carrera de Psicología en la UBA, de los cuales 11.117 eran mujeres. A estos debían sumárseles otros 6.594 que se encontraban cursando el CBC con la expectativa de inscribirse en la Facultad (UBA, 2001).

LA ECONOMÍA Y LOS ECONOMISTAS: LA CONSTITUCIÓN DE UNA ELITE TÉCNICA LOCAL E INTERNACIONAL

De las ciencias sociales “modernas”, la Economía es la única cuya área de acción se halla por lo general vinculada al ejercicio del poder: ya sea económico (cerca de empresas y consultoras) o político (en el Estado). Esta característica de la Economía contribuyó a generar para sus practicantes (al menos para una elite dentro de estos) un sistema de alternancia entre la gestión pública, el mundo académico y la actividad privada a nivel nacional e internacional. Esta alternancia se basa en lo que podríamos caracterizar como un sistema de “doble legitimación”. Así, no es raro encontrar economistas que legitiman su presencia en el mundo académico a partir de su experiencia obtenida previamente en el campo de los negocios o de la gestión pública y, alternativamente, otros que

¹ Había, además, 1.159 estudiantes de Psicología en la Universidad de Córdoba, 699 en Rosario, 693 en La Plata, 360 en Tucumán y 245 en Cuyo, y esto sin contar los alumnos de universidades privadas (Chaparro, 1969: 147-154).

validan su cercanía al poder político legitimándola en una trayectoria académica previa (doctorados en el exterior; docencia en universidades prestigiosas, etc.), formando de esta manera una elite que es a la vez intelectual, económica y estatal, fuertemente internacionalizada.

El desarrollo de la Economía como disciplina profesional en Argentina ha sido bien diferente del de la Psicología. Excepto en los países anglosajones, el establecimiento de carreras de Economía como disciplina autónoma a nivel universitario ha sido un fenómeno bastante tardío, en general de la segunda posguerra. En países como México existían escuelas de Ciencias Económicas a nivel universitario desde la década del treinta pero su nivel de prestigio era bastante bajo (Babb, 2001; Loureiro, 1997). En el caso de Brasil, la situación era particular debido a lo tardío de la creación de las primeras universidades que funcionaron como tales: la Universidad de San Pablo, por ejemplo, fue creada a principios de la década del treinta con el objetivo fundamental de generar una elite estatal local (Schwartzman et al., 2000: cap. 7). Anteriormente, la educación superior había estado limitada en ese país a un conjunto de facultades profesionales independientes, entre las cuales las de Derecho eran las más prestigiosas. Por lo tanto, la Universidad de Buenos Aires fue en cierta medida pionera en la región al establecer una Facultad de Ciencias Económicas separada de la de Derecho en 1913, Facultad que poco tiempo después contaría con una publicación propia: la *Revista de Ciencias Económicas*, originariamente órgano del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, que a partir de la década del veinte lo sería también de la Facultad y del Colegio de Graduados. Casi simultáneamente también se creaba una Academia Nacional de Ciencias Económicas que mantendría estrechos vínculos con la Facultad. La nueva Facultad tenía algunas características que la separaban de las otras facultades de la UBA. En primer lugar, estaba muy fuertemente vinculada a la escuela comercial, compartiendo profesores y, por un tiempo, edificio. Esta vinculación estaba reforzada por el hecho de que la Facultad sólo podía admitir en forma directa a alumnos egresados de la escuela comercial, ya que los bachilleres debían rendir equivalencias. A su vez, los egresados de la escuela comercial podían acceder solamente a la Facultad de Ciencias Económicas sin tener que rendir exámenes adicionales. Por lo tanto, la Facultad de Ciencias Económicas en sus primeros tiempos fue de hecho una extensión (a pesar de su estatus universitario) de la escuela de comercio, mucho menos prestigiosa que los bachilleratos.

La Facultad estaba destinada a un público poseedor de un capital social menor que el del alumnado típico de las más tradicionales facultades de Derecho, Ingeniería y Medicina (de las dos primeras provenía la mayoría de los profesores de la Facultad de Ciencias Económicas durante sus primeras décadas de existencia). Esta situación era explícitamente reconocida por las autoridades de la nueva Facultad. Un indi-

cador de esto ha sido el gran porcentaje de estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas que trabajaban mientras seguían sus estudios. Así, por ejemplo, según encuestas realizadas a mediados de la década del cincuenta, el 91% de los varones y el 76% de las mujeres estudiantes de esta Facultad tenían ocupación remunerada (del total, el 31% con horario completo y el 45% con medio día continuado de actividad laboral) contra el 83% y 53% respectivamente de los estudiantes de Arquitectura, y el 72% y 57% respectivamente de los estudiantes matriculados en la Facultad de Filosofía y Letras. Por otro lado, la Facultad de Ciencias Económicas, según los resultados de la misma encuesta, era en ese momento la que tenía mayor porcentaje de hijos de obreros entre sus estudiantes (15%) de las cuatro analizadas (Económicas, Arquitectura, Filosofía y Letras y Ciencias Exactas), y la menor proporción de hijos de profesionales (10%) (Eichelbaum de Babini, 1958: 11 y 16)².

Sin embargo, todas estas características permitieron, por otro lado, una rapidísima expansión de la matrícula, comparada con la de otras facultades más tradicionales, así como también el acceso a la universidad de sectores sociales que habían estado excluidos de otras instituciones universitarias, aun después de la relativa apertura que significó el movimiento de Reforma de 1918.

TABLA 1
ALUMNOS POR FACULTAD Y POR AÑO

	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930	1931
Derecho	1.500	1.588	1.246	1.812	1.662	1.929	794	2.137	2.330	2.350
Medicina	5.211	5.646	4.628	4.592	5.353	6.232	5.627	6.668	6.256	5.150
Exactas	1.055	948	938	982	896	732	795	861	1.040	1.064
Filosofía y Letras	209	308	219	239	214	258	254	285	233	222
Agronomía y Veterinaria	394	289	286	270	349	278	321	394	415	486
Ciencias Económicas	368	634	426	525	896	789	816	831	839	909

Fuente: Greffier (1932).

² Es interesante destacar, sin embargo, el porcentaje relativamente alto de estudiantes de Ciencias Económicas que declaraban conocimiento del idioma inglés (42% del total frente a 25% que declaraban conocer francés). La autora de la encuesta atribuye este dato a "la importancia que se concede a este idioma en los colegios y medios comerciales" (Eichelbaum de Babini, 1958: 28). En el capítulo IV se verá la importancia asignada al idioma inglés en la actualidad.

TABLA 2
NÚMERO DE EGRESADOS POR CARRERA Y POR AÑO

Períodos	Médicos	Abogados	Ingenieros	Contadores
1911-1915	873	660	348	92
1916-1920	1.037	898	468	222
1921-1925	1.831	1.182	754	279
1926-1930	2.513	1.128	565	445
1931-1935	2.651	1.485	674	410
1936-1940	2.945	1.905	1.097	643

Fuente: Greffier (1932).

Hacia el año 1968, la Facultad de Ciencias Económicas era sin duda la que contaba con mayor cantidad de alumnos de la Universidad de Buenos Aires: 35.239 (casi la cuarta parte de todos los alumnos que cursaban en la UBA ese año), seguida de lejos por la de Filosofía y Letras con 13.570 alumnos y por la de Derecho con 13.316 (Secretaría del CONADE, 1968: 1). En 1998, los alumnos de Economía y Administración que seguían sus estudios en universidades nacionales sumaban 186.540, el 19,72% del total de alumnos en universidades nacionales (Ministerio de Educación, 1999: 22), y ese año habían ingresado 48.836 alumnos nuevos (19,23% del total de alumnos ingresados). El año anterior habían egresado 4.793 nuevos contadores y administradores, el 13,89% del total de egresados de universidades nacionales (Ministerio de Educación, 1999: 27). Dentro de la Facultad de Ciencias Económicas, los estudiantes de Economía han constituido siempre, desde la creación de la carrera, una pequeña minoría con propiedades sociales y expectativas particulares, como se verá en los capítulos III y IV. En el año 2000, de los 41.073 alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas (21.083 mujeres y 19.990 hombres), solamente 3.078 cursaban la carrera de Economía (1.880 varones y 1.198 mujeres), a los que habría que sumar 1.376 alumnos más del CBC que habían declarado su interés en estudiar esta disciplina. El total de alumnos del CBC que estudiaría en la Facultad de Ciencias Económicas ascendía en ese año a 15.974 (UBA, 2001).

La Facultad de Ciencias Económicas otorgaba originariamente dos títulos: el de Contador Público y el de Doctor en Ciencias Económicas. El título de Contador habilitaba para el ejercicio de una profesión que no estuvo reglamentada hasta varias décadas después de haberse creado la Facultad; y el título de Doctor en Ciencias Económicas no tenía ninguna incumbencia profesional pero era más prestigioso

que el anterior, aunque mucho menos que otros doctorados otorgados por la universidad. El nivel académico de la Facultad era también percibido como deficiente por las propias autoridades de la misma. Un reconocimiento implícito de las limitaciones del estudiantado estuvo dado por el hecho de que la reforma de los planes de estudios llevada a cabo en 1936 suprimiera el requisito de tesis para la obtención del título de Doctor en Ciencias Económicas, reemplazándolo por un curso de Sociología que, aunque originariamente se había establecido que debía ser cursado en la Facultad de Filosofía y Letras, pronto comenzó a dictarse en la propia Facultad de Ciencias Económicas, frente a la resistencia de los alumnos. En 1959, el 21,9% de los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas decía estudiar sólo o mayoritariamente con apuntes, mientras un 56,12% decía utilizar apuntes y libros por partes iguales. Como comparación conviene señalar que sólo el 6,13% de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, y el 1,3% de los de Derecho, decían en ese momento utilizar sólo o mayoritariamente apuntes para sus estudios (el promedio general de la UBA de estudiantes que decían estudiar sólo o mayoritariamente con apuntes era 9,63%) (UBA, 1959: 53)³.

De manera similar a lo ocurrido con la carrera de Psicología, en los orígenes de la Facultad de Ciencias Económicas había una clara indefinición en lo concerniente al dominio de la enseñanza que allí se impartía. Se suponía que la Facultad debía formar personal superior para el comercio, satisfaciendo de esta manera una necesidad originada en el rápido proceso de modernización que estaba sufriendo el país en las décadas del diez y del veinte, pero al mismo tiempo debía formar personal idóneo para la administración pública. De hecho, se planteó la posibilidad de establecer una carrera consular en la Facultad de Ciencias Económicas, proyecto que nunca llegó a materializarse. También fracasó la idea de incorporar a la Facultad una escuela de administración pública siguiendo el modelo de una ya existente en Rosario. Conviene recordar, sin embargo, que hasta la Gran Depresión del 30, y particularmente hasta la Segunda Guerra Mundial, esta relativa indefinición no era privativa de la Argentina. La llamada “Revolución Keynesiana” por primera vez colocó a los economistas en la posición de participar activamente en la formulación de políticas de Estado, cambiando radicalmente la posición social que ocupaban estos profesionales que, de analistas, pasaban a ser gestores del gobierno (Hall, 1989).

3 En términos de promedio de horas de estudio por día, los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas declaraban en un 68,80% que estudiaban 3 o menos horas por día. Este porcentaje era similar al de los alumnos de Filosofía y Letras (68,9%) pero definitivamente mayor al de los alumnos de Derecho (31,71%), quienes en un porcentaje mucho mayor declaraban dedicarle sustancialmente más horas al estudio.

La especialidad de Economía Política no estuvo definida como disciplina autónoma a nivel universitario por un largo período. Sin embargo, esto no impidió que, sobre todo a partir de la década del veinte, se fuera generando un “campo” alrededor de la Economía (Pantaleón, 2004). Ya desde tiempos tempranos se pueden detectar debates dentro de la Facultad acerca de las características de la Economía como disciplina (particularmente centrados alrededor del lugar asignado a las matemáticas), sus vínculos con el diseño de políticas y, más en general, sobre la naturaleza de dichas políticas⁴. Por otro lado, también contribuyó a esto la existencia de la *Revista de Ciencias Económicas*, un importante espacio de discusión al que pronto se sumaría la *Revista de Economía Argentina*, publicada por el Ingeniero Alejandro Bunge, profesor de la Facultad, de cuyo círculo de colaboradores saldrían estudiantes brillantes como el joven Raúl Prebisch; y la Academia Nacional de Ciencias Económicas, creada poco después de la Facultad y también con una publicación propia. Además, gradualmente, la Facultad de Ciencias Económicas comenzó a ofrecer sus servicios de asesoramiento a diversos órganos del Estado. La presencia cada vez mayor de la Facultad en discusiones públicas vinculadas a la formulación de políticas (aunque la velocidad con que esto se producía era juzgada como lenta por las autoridades de la Facultad) se vio potenciada por el hecho de que muchos de los profesores de la misma lo eran también de la de Derecho, y algunos tenían una inserción en el Estado como ex ministros, funcionarios y legisladores. Esta situación generó una gradual integración entre la Facultad y el Estado, al que poco a poco fue proveyendo de técnicos. Así, por ejemplo, en la Dirección Nacional de Ferrocarriles, los contadores y doctores en Ciencias Económicas fueron gradualmente desplazando a los abogados y los ingenieros de los puestos gerenciales, sobre todo a partir de la década del treinta. De la misma manera, la Facultad proveía al Departamento Nacional de Trabajo de técnicos especializados en Estadísticas, un área que recortaría un espacio de especificidad para los estudios llevados a cabo en la Facultad de Ciencias Económicas.

Respecto al papel de los economistas reconocidos como tales, actuando como técnicos estatales, importa destacar la formación, a partir de fines de la década del veinte, de un grupo con estas características, aglutinado alrededor de Alejandro Bunge y luego alrededor de uno de sus tempranos colaboradores, Raúl Prebisch, quien, además, había actuado años antes como director y redactor de la *Revista de Ciencias Económicas*. Este grupo, mayoritariamente compuesto por egresados de la Facultad de Ciencias Económicas y que incluía entre otros a Ernesto Malaccorto, Max

4 Estas discusiones pueden ser seguidas a lo largo de las páginas de la *Revista de Ciencias Económicas*.

Alemann, Walter Klein y, en un nivel más “junior”, a Adalbert Krieger Vasena, sería significativamente conocido como el “trust de los cerebros” y sus miembros permanecerían activos (con un paréntesis durante el gobierno de Perón) hasta entrada la década del setenta y en algunos casos hasta la del ochenta, alternando la gestión pública a nivel nacional e internacional con la práctica privada (Louro de Ortiz, 1992). La trayectoria de este grupo ha sido de vital importancia porque constituyó lo más parecido a una elite técnica estatal que se haya generado hasta entonces, convirtiéndose sus miembros en verdaderos “constructores de instituciones”. La trayectoria de Prebisch (quien aún está esperando un biógrafo) es esencial para comprender aspectos poco estudiados del funcionamiento del Estado en Argentina, como así también del proceso de constitución de los economistas como elite de Estado. Al respecto, es esencial destacar su papel y el de su grupo en la creación y funcionamiento del Banco Central. Los avatares de la creación de esta institución son bien conocidos y no voy a repetirlos aquí. Lo que me interesa destacar es el aspecto “pedagógico” de la misma y su papel en la generación de información empírica sobre la realidad nacional y en la formulación de metodologías de análisis, sobre todo a partir de la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco Central, también creada por Prebisch. Varias generaciones de economistas fueron formadas en esta oficina. Ya en la década del treinta, Prebisch había establecido un programa por el cual empleados aventajados del Banco Central podían acceder a becas para realizar estudios de posgrado y especialización en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos.

Durante el primer gobierno de Perón, el lugar ocupado por los técnicos en Economía sería aun más central, dada la importancia asignada a la formulación de planes de gobierno. Fue durante este período cuando, por primera vez, egresados de la Facultad de Ciencias Económicas accedieron a cargos ministeriales (Ramón Cereijo, Alfredo Gómez Morales y Antonio Cafiero). Sin embargo, el relativo aislamiento que sufrió el país en esos años limitó las posibilidades para la formación de una elite de economistas internacionales y cosmopolitas que ya venía formándose en otros países latinoamericanos. Hacia 1955, Argentina era el único de los grandes países de la región que no se había adherido a las nuevas instituciones financieras internacionales surgidas de los acuerdos de Bretton Woods.

La Licenciatura en Economía Política se creó a fines de la década del cincuenta, en un clima fuertemente marcado por el desarrollismo, entendido este no como una ideología política sino como un verdadero “clima de ideas” (Altamirano, 2001; Hirschman, 1963). El Estado modernizado y desarrollista, junto con empresas también modernizadas que surgirían en este contexto, necesitaban técnicos; y los licenciados en Economía y en Administración (otra carrera creada como resultado de la misma reforma de la universidad) constituirían el personal espe-

cializado. Instituciones oficiales creadas entre finales de la década del cincuenta y principios de la siguiente, tales como el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y otras, se convirtieron pronto en agencias de reclutamiento para este personal. La Economía se desarrolló, pues, como disciplina autónoma en un contexto marcado por el desarrollismo, la modernización del Estado y la Economía y, además, influenciada por una fuerte tendencia hacia la internacionalización de las ciencias sociales y de la ciencia económica en particular, tendencia que se reflejaba también en la creación de una serie de instituciones de nuevo cuño: centros de investigaciones privados en ciencias sociales tales como el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y el Instituto Torcuato Di Tella (ITDT), y, más adelante, la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), el Centro de Estudios Macroeconómicos Argentinos (CEMA) y otros (Neiburg y Plotkin, 2004b: cap. 8; Sigal, 1991; Sarlo, 2001; Coats, 1997).

Otro factor importante en este proceso fue el surgimiento de fuentes de financiamiento externas (sobre todo fundaciones norteamericanas y algunas agencias del gobierno de EE.UU. en el marco de la Alianza para el Progreso) para proyectos de investigación y becas de formación de profesionales en el exterior. Tanto la Universidad de Buenos Aires como otras del interior pronto establecieron convenios con universidades europeas y sobre todo norteamericanas para el intercambio de alumnos y profesores. Todos estos factores influyeron para que la Facultad de Ciencias Económicas pasara de ocupar el tercer lugar a ocupar el primero en términos de la cantidad de alumnos dentro de la UBA entre 1958 y 1968, cambiando posiciones con la Facultad de Medicina, que en la primera fecha tenía casi 50% más de alumnos que la de Económicas y en la segunda fecha tenía la mitad (UBA, 1968: 5).

Por los años sesenta, además, surgieron dos circuitos paralelos, aunque porosos, de circulación de economistas latinoamericanos a nivel internacional. Uno estaba definido por las universidades norteamericanas donde se enseñaba “buena Economía” según el paradigma neoclásico o keynesiano, dependiendo de la institución, y por los organismos financieros internacionales; el otro tenía un tinte más “latinoamericano” y estaba centrado en la CEPAL, con sede en Chile (Herberger 1997; Furtado, 1985). Algunas instituciones, tales como las universidades de Cuyo y Tucumán, habían establecido contactos formales con la Universidad de Chicago, y estaban más bien ubicadas en el primer circuito. Lo mismo puede decirse de instituciones privadas tales como FIEL. Otras instituciones, tales como el IDES, estaban más bien vinculadas al segundo circuito. Finalmente, instituciones como el Instituto Di Tella (particularmente el Centro de Investigaciones Económicas) se ubicaban en un punto intermedio, aprovechando los canales abiertos entre ambos circuitos (Neiburg y Plotkin, 2004b: cap. 8).

PSICOLOGÍA Y ECONOMÍA: EL DESARROLLO PARALELO DE DOS DISCIPLINAS

Mientras el desarrollo del campo de la Psicología ha sido por lo general definido en términos locales en cuanto a las características de sus mecanismos de prestigio y reproducción, y ha estado fuertemente influido por la evolución de una “cultura psicoanalítica” en la Argentina, el de la Economía ha tenido una orientación más fuertemente internacional, destacándose a este respecto la importancia asignada a la obtención de títulos de posgrado en el exterior y de contactos internacionales a nivel institucional, personal y académico (Teubal, 1963).

Si los economistas (o al menos los miembros de una elite dentro de la profesión) han gozado de una doble legitimación, los psicólogos hasta no hace mucho tiempo han carecido de ella. La fuerte orientación psicoanalítica que se le dio a la carrera de Psicología provocó una serie de problemas en el proceso de profesionalización de la disciplina, problemas que se tornaron aún más complejos si tenemos en cuenta además la dimensión de género. Los psicólogos han sido fundamentalmente psicólogas. Aun hoy en día, más del 80% de los estudiantes de Psicología a nivel nacional son mujeres (Jozami y Sánchez Martínez, 2001: 35). Por otro lado, el hecho de que legalmente (al menos en el ámbito de la Capital Federal) los psicólogos tuvieran cerradas las puertas a la práctica terapéutica legal hasta 1985 generó una situación bastante única. Los estudiantes de Psicología tenían aspiraciones de practicar el psicoanálisis, pero contaban con docentes (en general médicos psicoanalistas hombres) que no podían ni estaban dispuestos a servir como sus modelos profesionales. Además, la única institución que poseía el cuasi-monopolio de la legitimidad (no de la legalidad) para la definición de las reglas para la práctica psicoanalítica y para el entrenamiento de profesionales, la APA, también les cerraba sus puertas (Plotkin, 2003: 221).

La dimensión de género agregaba un elemento más a estas complejas relaciones entre aspirantes a psicólogos y sus maestros. Una rápida ojeada a la lista de docentes de la carrera de Psicología durante las décadas del sesenta y del setenta revela que mientras los cargos subalternos de la docencia (hasta el nivel de jefe de Trabajos Prácticos) estaban ocupados por docentes mujeres (por lo general egresadas de la carrera), los cargos superiores (adjuntos y, sobre todo, profesores asociados y titulares) por lo general estaban ocupados por hombres médicos psicoanalistas. Se estableció de esta manera en el campo de la salud mental un doble juego de jerarquías que estaba dado por el carácter de la profesión (médicos/psicólogos) y reforzado por el género (médicos-hombres/psicólogas-mujeres). Todo esto influyó profundamente en el desarrollo de la profesión y sobre todo en la generación de una identidad profesional, poniendo a los psicólo-

gos en una situación de relativa subordinación (lo que a veces generaba un sentimiento de “rebelión edípica”) frente a los psicoanalistas de la APA.

Hasta 1985 los psicólogos dedicados al psicoanálisis (la gran mayoría de ellos) ejercían su profesión en el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires de manera no sólo ilegal (aunque abiertamente tolerada), sino además ilegítima, estando limitados por ello en su capacidad de generar mecanismos de prestigio y reproducción propios. Esto tuvo consecuencias importantes dentro del mercado “psi”. Mientras los psicoanalistas de la APA (y, a partir de 1976, también de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, APDeBA, una escisión de la APA, también reconocida por la International Psychoanalytical Association) cobraban tarifas más altas y atendían por lo general a psicólogos, a otros analistas de la APA o a quienes pudieran pagarlas, los psicólogos debían conformarse, debido a su menor legitimidad y prestigio, con cobrar tarifas considerablemente más bajas. Por lo tanto, la presencia de los psicólogos provocó más bien una segmentación que una saturación del mercado, ya que no competían con los psicoanalistas en igualdad de condiciones. Por otro lado, la vinculación más estrecha que los psicólogos mantuvieron (a falta de otras instituciones legitimadoras alternativas) con la politizada Facultad de Filosofía y Letras donde realizaban su formación generó una situación de fuerte tensión en el proceso de desarrollo de su auto-imagen profesional. Esta tensión se daba entre un polo que buscaba la profesionalización de la disciplina y su consolidación como profesión autónoma y liberal, por un lado, y otro polo que intentaba darle a la práctica de la Psicología un contenido social, promoviendo la imagen de la disciplina como instrumento de cambio social, por el otro. Esta tensión hizo eclosión en 1971 cuando la APA entró en crisis, produciéndose la renuncia de una importante cantidad de sus miembros (los más politizados), quienes comenzaron a aceptar a los psicólogos, ahora redefinidos en la categoría más amplia de “trabajadores de salud mental”, que incluía también a psicoanalistas, psiquiatras y enfermeros en un pie de supuesta mayor igualdad. De todas maneras, esta experiencia no duró mucho y fue cortada de cuajo por la última dictadura militar. La existencia de esta tensión tendría consecuencias importantes para la ubicación de la Psicología, y de los psicólogos, en el campo de la salud mental al menos hasta mediados de la década del ochenta, momento en que comenzaron a ser aceptados en las instituciones psicoanalíticas “oficiales” cuando, paralelamente, la difusión del “lacanismo” (por definición separado, al menos en principio, del *establishment* de la IPA⁵) comenzó a abrir otras líneas alternativas de legitimación profesional, también

5 Cabe resaltar que en los últimos años ha habido notables acercamientos en la Argentina entre el *establishment* psicoanalítico ortodoxo asociado a la IPA y el *establishment* lacaniano.

vinculadas a circuitos internacionales aunque esta vez centrados en París. En este sentido no debe sorprender la popularidad que el psicoanálisis lacaniano ha adquirido entre los psicólogos que practican esta forma de terapia. El lacanismo también se ha constituido en un sistema de creencias hegemónico dentro de la Facultad de Psicología de la UBA.

La suerte que han vivido las dos disciplinas analizadas aquí bajo los regímenes militares que a partir de 1966 asolaron al país también ha sido diferente, y ello ha impactado fuertemente en los vínculos entre privatización de la educación superior y desarrollo de los campos respectivos. La carrera de Psicología, ubicada originalmente en la Facultad de Filosofía y Letras y más recientemente autonomizada, ha sido muy castigada por los gobiernos militares, llegando a ser cerrada en más de una oportunidad, o puesta directamente bajo la autoridad del rectorado, aunque los psicólogos no han sido más victimizados por las políticas represivas de la dictadura que otros grupos profesionales. En este contexto, y dada la popularidad que la disciplina iba adquiriendo (popularidad vinculada en parte a la creciente amplitud y profundidad de la difusión del psicoanálisis en la cultura urbana), las universidades privadas más antiguas se beneficiaron con la demanda de formación que por motivos diversos la universidad pública no podía proporcionar adecuadamente. En realidad puede decirse que una parte importante de la formación de los psicólogos y en particular de los de orientación clínica, que eran la gran mayoría, tuvo desde el principio una fuerte impronta privatista.

Debido a que la formación psicoanalítica tiene requerimientos bastante estrictos en términos de análisis didáctico, asistencia a seminarios y presentación de trabajos escritos, y dado que la universidad (pública o privada) no podía satisfacerlos, desde el comienzo los aspirantes a psicólogos-psicoanalistas debían complementar una formación –que la Asociación Psicoanalítica tampoco estaba dispuesta a brindarles, puesto que sólo admitía a médicos– por medios privados, a través de grupos de estudio y análisis didáctico no sancionado por la APA. Cuando además la formación en las universidades públicas pasó a ser prácticamente imposible debido a la represión estatal, el papel de las universidades privadas creció considerablemente. No es casual, entonces, que la Psicología haya ocupado un lugar central en los programas de las universidades privadas más antiguas. Este lugar encajaba muy bien con el perfil de esas universidades, más profesional que académico, lo que les permitía en muchos casos contratar a psicoanalistas prestigiosos que tenían las puertas cerradas en la universidad estatal y para quienes la docencia era una actividad accesoria a su práctica profesional, lo que les permitía ejercerla a cambio de los magros salarios que estas universidades estaban dispuestas a pagar. La orientación de las carreras de Psicología dictadas en universidades privadas a lo largo de los años sesenta y setenta fue eminentemente psicoanalítica, tal como lo muestra un estudio realizado a principio de

los setenta por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. La Facultad de Psicología de la Universidad del Salvador, por ejemplo, fue fundada entre otros por Celes Cárcamo (miembro fundador de la APA y primer vicedecano) y Jorge Saurí, un psiquiatra de orientación católica (al igual que el anterior) y fuertemente vinculado a los círculos psicoanalíticos. En la Licenciatura en Psicología de la Universidad de Belgrano, fueron numerosos los miembros prominentes de la APA, incluyendo uno de sus fundadores y varias veces presidente, Angel Garma, que se contaban entre el cuerpo docente. La Universidad J. F. Kennedy es probablemente la única que cuenta con un departamento de psicoanálisis.

Por otro lado, dado el carácter “sospechoso” que la carrera de Psicología dictada en la UBA tenía para los sectores más retrógrados de los gobiernos militares, las universidades privadas eran percibidas como espacios más seguros, a salvo de los vaivenes políticos y la represión estatal. Aun las carreras percibidas como potencialmente subversivas por las autoridades militares eran más toleradas en las universidades privadas, mucho menos politizadas que las estatales.

La situación de Economía no podía ser más diferente. Junto a sus aspectos más represivos, los gobiernos militares establecidos luego de 1955 han tenido además una orientación tecnocrática-modernizante. Ello requería la presencia de técnicos que, en muchos casos, encontraron atractiva la hospitalidad que el Estado autoritario en sus diversas encarnaciones les brindaba. Fue precisamente durante gobiernos militares que los economistas profesionales comenzaron a tener mayor visibilidad y a ocupar cargos de importancia en el gobierno (De Pablo, 1999). Así, por ejemplo, se dio una situación paradójica a partir del golpe de Estado de 1966: mientras un número significativo de economistas investigadores del Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella pasó a ocupar cargos de importancia en el Ministerio de Economía y otros organismos oficiales, el mismo gobierno que los convocaba censuraba y promovía el cierre de los centros de arte pertenecientes al mismo Instituto. La carrera de Economía de la UBA, por lo tanto, no sufrió durante las dictaduras militares consecuencias que fueran más allá de las derivadas del profundo deterioro general sufrido por las instituciones educativas durante dichos gobiernos. De hecho, aunque el cuerpo docente sufrió purgas, muchos profesores que habían pertenecido al IDES o al Instituto Di Tella permanecieron en sus puestos. Sus egresados, lejos de ver sus posibilidades de práctica profesional cerradas o limitadas, las vieron más bien ampliadas por las nuevas posibilidades ofrecidas por el Estado y los cambios sufridos por la economía del país. La imagen de “técnico neutral” proyectada por los economistas, sumada al carácter eminentemente profesional de la Facultad de Ciencias Económicas (destinada hasta muy poco tiempo antes a la formación exclusiva de contadores públicos), tuvo como consecuencia que el nivel

de represión que sufrió la Facultad fuera relativamente liviano, comparada con la que sufrieron la Facultad de Filosofía y Letras y otras. Cabe recordar, además, que tanto en las universidades públicas como en las privadas los alumnos de la Licenciatura en Economía han constituido históricamente una minoría dentro de los estudiantes de las facultades de Ciencias Económicas⁶. Tal vez sea por eso que las carreras de Licenciatura en Economía no prosperaron tanto en las universidades privadas más antiguas, con la posible excepción (durante algunos períodos) de la Universidad Católica Argentina (UCA), institución que tenía una larga tradición en la enseñanza de la Economía y que además contó durante las décadas del sesenta y setenta con un grupo de docentes bien capacitados. En algunos períodos, la UCA proporcionó además personal técnico al Estado, particularmente durante los gobiernos militares.

A partir de finales de la década del ochenta, pero fundamentalmente durante los años noventa, se produjo lo que podría caracterizarse como una “segunda oleada” de privatización de la enseñanza superior en la Argentina, siguiendo una tendencia más general de la región (Brunner, 1993). Esta tendencia se materializó en Argentina no sólo con la creación de nuevas universidades privadas sino también con un retiro más generalizado del gobierno nacional respecto de las cuestiones educativas, implementándose políticas tales como la transferencia a las provincias y municipios de servicios educativos que dependían del gobierno central y la generación de incentivos para que las universidades públicas consiguieran fondos de financiamiento propios a través de la venta de servicios. La mayoría de las nuevas instituciones surgidas en esos años apostaron no solamente a suplir las posibles falencias de una universidad pública en decadencia, sino más bien a proporcionar un producto diferente orientado hacia otro tipo de mercado. Surgidas en un contexto fuertemente signado por la globalización, la privatización de servicios públicos esenciales, la concomitante retracción del Estado y la hegemonía de la economía neoliberal, pero también por la redemocratización del país, la apuesta fuerte de estas instituciones fue doble: por un lado, intentaron ofrecer (y lo lograron hasta cierto punto) un nivel bastante alto de calidad académica evidenciado en el porcentaje relativamente alto de profesores con dedicación exclusiva de sus plantas docentes, la existencia de bibliotecas comparativamente bien provistas y criterios de selección de alumnos bastante rigurosos; por otro lado,

⁶ En 2003, por ejemplo, de 3.147 alumnos que cursaban en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina, sólo 404 eran alumnos de Economía. Los futuros licenciados en Administración de Empresas eran 1.750. Por su parte, de los casi 50.000 alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, sólo 2.314 estaban inscriptos en la Licenciatura en Economía en el año 2003. Los datos fueron obtenidos en comunicaciones personales con las secretarías académicas de ambas universidades.

se esforzaron en la generación de un aparato simbólico que potenciara la imagen proyectada por esa calidad. Esto se percibe, por ejemplo, en las políticas muy bien publicitadas de contratación de profesores con doctorados en el extranjero, particularmente obtenidos en EE.UU., y en una mímica de cierto estilo de “campus” norteamericano que se evidencia, entre otras cosas, en la asignación de notas por sistema alfabético en vez de numérico, el uso constante de palabras en inglés por parte de docentes y personal administrativo, y la organización de actividades deportivas universitarias al estilo de los *colleges* norteamericanos, elementos estos que adquieren un carácter emblemático. Los resultados obtenidos por las encuestas realizadas (analizados en el capítulo IV) muestran que este tipo de elementos es en general apreciado por los alumnos. Así, como veremos luego en detalle, tanto la presencia de profesores con doctorados en el exterior como la posibilidad que las instituciones proporcionan para realizar posgrados en prestigiosas universidades extranjeras han sido factores de algún peso en la elección de la universidad entre los alumnos de instituciones privadas nuevas.

Por otro lado, estas nuevas universidades privadas (y no solamente las que analizo en el trabajo) tienen una línea ideológica bastante definida, y parte de la imagen que intentan proyectar está vinculada a la idea de que es allí, y no en la universidad estatal, donde se enseña la “buena Economía” basada en los últimos desarrollos teóricos provenientes del exterior, para lo cual su inserción institucional en una red internacional cumple un papel esencial (Herberger, 1998). Esta percepción ha sido confirmada en entrevistas personales a autoridades y profesores de estas universidades, así como por sus presentaciones institucionales, tal como veremos en el capítulo siguiente. Paralelamente, en los últimos años la carrera de Economía de la UBA se ha desarrollado en contrapunto con las de las universidades privadas nuevas. Imposibilitada de competir con estas últimas en cuanto a recursos materiales se refiere, pareciera haberse generado entre los docentes un sentimiento de identidad basado en el perfil de la enseñanza. Por lo general, la carrera de Economía de la UBA aparece asociada a una Economía “progresista” y “heterodoxa”. La realización y difusión del “Plan Fénix” dentro de la misma ha contribuido a generar esta imagen. Además, algunos docentes están insertos en circuitos internacionales que no son aquellos con centro en las universidades norteamericanas, sino más bien de tinte europeo. Las conferencias sobre la crisis argentina organizadas por la Facultad en el año 2003, que contaron con una fuerte presencia de economistas franceses y de la UBA adscriptos a la “escuela regulacionista”, serían un ejemplo de ello. En este sentido es interesante el hecho de que la “orientación ideológica” (respuesta a la pregunta 6 de la encuesta) de la institución parece haber sido un factor de relativo peso para la elección de la UBA como institución donde cursar la carrera de Economía.